

NUMERO 533

Ayuntamiento de Madrid

U. G. T. - C. N. T.

Las organizaciones obreras salvarán el destino histórico del pueblo español

Por ASELO PLAZA

Para estudiar concisamente la aportación de las Organizaciones obreras a la guerra y a la economía que era preciso levantar para mantener nuestra defensa, alcanzar la potencialidad bélica indispensable y obtener la victoria sobre los Ejércitos fascistas, hay que separar dos hechos: el guerrero y el económico o de la producción. Serán uno mismo mientras dure la guerra, y difícilmente separables, ya que no sería posible la guerra sin producción, que es avituallamiento de los combatientes antifascista y despesa de ellos y de las retaguardias, pero conviene verlos aisladamente para precisar la aportación de las Sindicatos y dejar clavado en el corazón y en la mente de todos los españoles que la independencia de España la existencia de España, serán porque vivían pujantes, capacitadas y con sentido de su destino histórico (as dos grandes columnas de la victoria que se llaman U. G. T. y C. N. T.

No hay hipérbole. No hay pasión o parcialidad. Remitirá la fiebre, tendremos perspectivas, haremos Historia y los narradores, en un examen frío, llegarán a nuestra conclusión. Las clases sublevadas—ludibrio y vergüenza de la vieja España—y sus empresarios voraces, verán rotos sueños imperialistas y tiránicos. Calcularon mal. Había pueblo y unas Organizaciones que lo formaron. Había pueblo, y el pueblo tenía pensamiento, motor de su heroísmo de ayer, de hoy, de mañana. Porque lo había, porque pensaba, pudo levantarse sin reparar en que ni siquiera armas contaba para defenderse de la traición y del crimen. Sin fuerzas, sin armas y sin medios, el Estado fué, el pueblo, fueron los trabajadores organizados los que dominaron los focos principales de la sublevación e hicieron posible, con aquellas victorias, una organización defensiva y una limitación de los campos de lucha.

Y fueron los trabajadores que abandonaron el tajo y la herramienta para convertirse en milicianos los que, sin disciplina ni método, pero con arrojo insuperable frenaron la rebelión y reconquistaron pueblos, constituyendo la levadura del eficiente Ejército Popular. Algún día tendremos estadísticas. Ese día los Sindicatos de la C. N. T. y U. G. T. hablarán la sangre de los supervivientes dando sus cifras de muertos y de mutilados. Y comprenderán todos todos que hubo milicias porque existían Sindicatos, que hay Ejército, porque actúan y vibran las Organizaciones obreras, y que estamos a punto de lograr una fuerza arrolladora, invencible, porque no ha fallado ni fallará la capacidad y la articulación disciplinada de la U. G. T. y de la C. N. T. Un Ejército del pueblo y para el pueblo, de su cantera y para defender sus conquistas, que el albañil convertido en comandante, y el metalúrgico que se ganó las barras de capitán, y el campesino que es jefe de operaciones o tripulante en avión, tienen callos y huellas en

sus manos, llevan cicatrices y heridas en sus cuerpos que los vinculan de por vida a las aspiraciones de sus hermanos de clase y a la liberación de todos los oprimidos de la Tierra.

Es mucho ese esfuerzo; asombra la contribución de los Sindicatos. Pero, ¿no han hecho más? ¡Pobres historiadores, incapaces de recoger tanta historia y grandeza tanta! Tendrán que situarse en el 18 de julio de 1936. Un régimen burgués, una economía capitalista, una plutocracia divorciada del interés colectivo y unos atisbos, unos ensayos, unas gotas de libertad y de justicia. El Ejército, en manos de la aristocracia o de castas privilegiadas: la economía, dominada por la Compañía de Jesús; latifundios, magníficos cotos y una legión de campesinos mirando al cielo y jurando venganza. Pero había un pueblo que avanzaba todos los días, que cercaba a los explotadores, que exigía más pan y más cultura. Y antes de conceder optaron por ventilar a cañonazos la contienda y se sublevaron. Se sublevaron con el designio de hundir en la esclavitud de la Edad Media a un pueblo sano del eficiente Ejército popular y fuerte. Y tan seguros estaban de vencer, que abandonaron todo lo que era base de su privilegio y origen de su sistema de explotación. Abandonaron industrias, minas, tierras, casas, valores, metales. Huyeron con lo puesto y unas previsiones en Bancos extranjeros.

Y porque había pueblo y éste tenía pensamiento; porque existían Sindicatos y en ellos sobraba conciencia y responsabilidad, fué posible que la economía abandonada, que la producción sin técnicos ni capataces, que la estructura que servía al Estado para mantenerse en pie y que yacía a los pies de unos grupos y hombres débiles para gobernar y que ni siquiera supieron prever la rebelión de todo su aparato armado, se recobrasen por los Sindicatos y gracias al dinamismo que pusieron en recoger, regir y poner en marcha cuanto abandonaron los facciosos. Y hubo descuidos e irresponsabilidades, ignorancia e incapacidad; pero todo ello fué superado y vencido con sacrificios y esfuerzos agotadores, en medio de la vorágine que era la guerra y llevando en una mano el fusil y en otra la herramienta del trabajo. Y la producción no se hundió, hundiéndose al pueblo y arrastrando su existencia digna. Y la economía se restableció y fué posible fabricar armas, recoger cosechas y sembrar más tierras.

Fuó posible el milagro, dirían los que no pueden despegarse de prejuicios y taras. Y, sin embargo, si anonada y confunde contemplar los resultados copiosos, exuberantes que ha logrado el pueblo, es porque no quiere repararse en esos dos pilares incommovibles, en los que se estreñan críticas mendaces: uno es la U. G. T., otro es la C. N. T., ambos tan sólidos, tan musculosos, que han podido llevar sobre sus hombros atlé-

ticos la mayor hecatombe que recuerda la Historia y han sabido crear sin auxilios mayores, sin apoyos eficaces, los elementos indispensables para la victoria: un Ejército Popular dotado y eficiente, cubierto de gloria, y una economía de guerra que será experiencia y base de otra economía que hará feliz al pueblo, dichoso al espíritu e incomparablemente creador al pensamiento ibérico.



En la Cámara inglesa han comenzado las oposiciones a exigir cuentas, España ya las ha expuesto en el Ebro

Ya comenzaron en los Comunes las actividades de las oposiciones. Saben éstas que hay que resolver el problema de la paz de Europa, pero no a base de transigencias ni debilidades, tan contrarias para asegurar esa paz, sino exigiendo a los gobernantes una actitud más resuelta y firme. Por ahora, y no somos dados a conformarnos con ilusiones, ya se ha roto el silencio en el Parlamento inglés, preguntando al Gobierno sobre los nuevos envíos de los Estados totalitarios a España, así como que mientras está cerrada la frontera de Francia la de Portugal sigue abierta.

Butler contestó con evasivas a las oposiciones, no haciéndolo más concretamente al ser interpelado sobre si en el Acuerdo angloitaliano se había definido la frase "arreglo del conflicto español". Pero como así no puede sostenerse en el Poder ningún gobernante, ni menos hablando a través de los subsecretarios, esquivando la contestación adecuada, la rectificación de conducta se impone.

Por ello, estimamos que esta semana será decisiva para la paz de Europa y para que el orden basado en la libertad y la ley internacional vayan ganando parte del camino perdido a lo largo de los veinte meses de esta farsa de la no intervención, dando un motivo a Chamberlain para que su obra, *My Servant*, comentada por el "News Chronicle", tan justamente, *the end*

sea olvidada con una rectificación oportuna y salvadora, lo que celebraríamos, como es natural, tanto por lo que esto significaría para la España libre como para la seguridad de Europa, gravemente comprometida.

España es la clave de la paz o de la general matanza; en España se han creado todas las dificultades y todos los sinsabores a los políticos ingleses, sufriendo así en su propio crédito las consecuencias de una política tan desatentada como obtusa. Y por ello, sólo haciendo justicia a España, sólo afrontando el peligro que la invasión que sufrimos supone para las potencias democráticas, podrán éstas hacer entrar en razón a las potencias totalitarias.

Que no pierda esta ocasión que el

Destino le brinda a Chamberlain; que no deje esta ocasión propicia para desandar todo el peligroso camino andado, batiéndose en retirada, extendiendo la desmoralización y la impotencia por todos los pueblos de influencia inglesa, aflojando los lazos entre aquéllos y Londres.

Las oposiciones de los Comunes parece que quieren tener en sana tensión al "premier", a fin de que despierte de su indolente táctica de dejar hacer, o de que se decida a imitar a Baldwin si no tiene la suficiente gallardía para afrontar el problema que se ha planteado a Inglaterra en España y en Checoslovaquia, en el Mediterráneo y en Palestina.

Nosotros, como si no quisiéramos ser menos en este estímulo, ya hemos dado alto signo de vida en el Este, cruzando el caudaloso padre Ebro por varios puntos, arrollando a las tropas de la traición, hecho de armas que resonará en la Cámara inglesa con más eficacia que el cutemismo de mister Butler, impertinente en sus evasivas, como ahora, al preguntarle las oposiciones, sobre si al suscribirse el Acuerdo angloitaliano se ha definido la frase "arreglo del conflicto español". Nosotros, para hacerle entrar en vigor, dando un preciso argumento a las oposiciones, ya hemos comenzado a definirlo, cruzando el Ebro.

Visado por la censura



Dar de lo que tenemos y que sea necesario a otros, no es un favor, es una obligación.

Además, quien espera que le pidan, debiendo dar, es tan despreciable, como el que oculta lo que posee para que no le pidan.

No se puede hablar de honradez ni de austeridad con la casa "rellenita"; es lo mismo que hablarle a los demás de sobriedad a los postres de un banquete.

Hemos oído varias veces que no es hora de derechos, sino de deberes.

Completamente de acuerdo. Pero nadie nos negará el derecho de pedir que cada uno cumplamos con nuestro deber.

La verdadera discreción consiste en callar lo que no debe decirse, no en ocultar lo que no debió hacerse.

No es admisible la teoría y mucho menos la práctica de:

--¡Ya hice bastante!

Lo que debe pedirse es:

¿Qué más hago?

Esperar los hechos, será muy cómodo, pero no es decente.

Las aptitudes de cada uno no deben ser reguladas por la mayor o menor simpatía, sino por el justo valor de dichas aptitudes.

Es peor desperdiciar un acierto, que fomentar un error.

S. U. de las I. del P. y A. G.-C.N.T.